

# El Eco de Cartagena

## Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 10 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31 Foubourg Monmatre La correspondencia al Administrador

### Diálogo al vuelo

Perdona lector, que me aproveche de una indiscreción para contarte algo que te interesa, pero me hago cuenta que de indiscreciones está el mundo lleno, y sirva de atenuante á mi delito la buena intención con que lo cometo.

Éntrete en el teatro, en el entreacto de la segunda á la tercera sección; se respiraba un ambiente frío, húmedo, como el del espectáculo que se acababa de efectuar, no hubiese logrado caldar al público hasta hacerle prorrumpir en exclamaciones de entusiasmo.

A la puerta aguardaba la muchedumbre, ansiosa de presenciar la deshabillé de Mad. Fougere y en la sala unas cuantas personas diseminadas por las butacas se preparaban á presenciar las prometidas *sicilytis* del espectáculo.

La casualidad, llevó hasta mí el eco de dos voces y no de argentino timbre, que departían con vibraciones de murmullo, muy próximas al sitio donde yo me encontraba.

Soy curioso, lo confieso y esta inalterable curiosidad mía, me hizo sorprender los secretos del diálogo que fidelísimamente transmito.

—De forma—decía una voz que la operación está completamente terminada.

—Terminada no—respondió la otra acordada solemnemente.

—Y qué cosa es la que facilita el dinero?

—Eso es lo que no se sabe todavía de forma definitiva, aunque se supone ser un importante establecimiento de crédito que radica en esta ciudad y que tiene extensas sucursales en diferentes poblaciones.

—Y usted vé la necesidad de efectuar el empréstito?

—Hombre, es muy difícil contestar á esa pregunta de una manera sobria; yo veo sí, la necesidad de hacer frente á muchas atenciones, que hoy, por falta de medios, están desatendidas y de introducir ciertas mejoras en la población que son de absoluta e imprescindible necesidad.

Desde hace mucho tiempo, existen una piqueta cantidad de proyectos en cartera, que no han podido realizarse por falta de medios para ello; la construcción de un gran mercado lonja, de la pescadería y otras mejoras que no pueden acometerse por que la escasez de recursos, con que cuenta nuestro municipio no lo ha permitido, sobre todo lo que se impone de éstos.

ma apremiante es la unificación de la deuda municipal, mole de granito que pesa como carga abrumadora sobre nuestro municipio y que le impide moverse en una amplia esfera de acción.

Las deudas pequeñas le agobian, las grandes en la buena marcha administrativa y entre otras han creado un estado de cosas verdaderamente insostenible; es inútil que el Alcalde se esfuerce en hacer algo práctico, algo, que redunde en beneficio de la población; falta lo principal: el dinero, que en los tiempos modernos es la palanca poderosísima, que hace comoverse al mundo hasta sus cimientos.

El mercado lonja y la pescadería son dos obras de carácter repugnativo; con sus rendimientos pudiese pagarse sí no todos, buena parte del interés del empréstito y una vez amortizado éste, Cartagena se encontrará con un nuevo ingreso muy importante que servirá para cubrir otras atenciones.

—Y se sabe á que interés prestarán el dinero?

—Ya lo creo, el interés será de un...

El público invadiendo tumultuosamente la sala, me impidió escuchar la cifra exactamente, sonaron los acordes de la orquesta y el eco de aquella conversación comenzada en el silencio del teatro solitario se extinguió de improviso, cual comunicación telefónica interrumpida por la oscuridad.

Perdona lector mi indiscreción y perdona también no haya podido satisfacer del todo tu curiosidad.

PETRONIO.

### Lecturas populares

### LA CERVEZA

Ignoro si fué Osiris mi padre, pero algo de cierto debe de haber en la tradición tebáica, cuando Herodoto, que nació 484 años antes de Jesucristo, habla en sus escritos de una bebida fabricada con cebada, de uso corriente entre los egipcios, desde remotísimos tiempos; y temotos son de hecho los tiempos á que alude Herodoto, toda vez que Osiris reinó en Egipto 2000 años antes de nuestra Era.

El gran Plinio fué el encargado de bautizarla; me impuso el nombre de *Cerevisia* (de *Ceres*, la diosa de los cereales, y *vis*, fuerza), y *Cerevisia* me llamaron en los tiempos greco-latinos.

No sé á punto fijo si soy la *Celia* ó

*Celia*, el vino de cebada que por aquellos tiempos se bebía en España, pero presumo que nó; más bien creo que esa *Celia* fuere una parienta mía, una bebida espirituosa, un verdadero aguardiente de cebada, lo mismo que el célebre *Zythum* (*Cerealis liquor*) del que habla Plauto.

Algunos pretenden que mi origen es más reciente; arrancarían de *Jan primus* (por corrupción *Gambrinus*) rey de Flandes y de Bravante.

Lo cierto es que *Gambrinus* es hoy por hoy el patrón de los cerveceros, yo creo que á falta de otro.

De cualquier modo, ya veis que puedo presumir de pergamino; que mi abuelo es ilustre como pocos. No me extraña pues, que todos queráis codearse conmigo haciendo de mí un uso que cada día se extiende más afortunadamente, y que con el tiempo se hará universal, á medida de que os vayáis convenciendo de lo beneficiosos que son mis electos, muy al contrario de lo que os beíre con mi irreconciliable enemigo el vitazo, sin contar, por supuesto, con las demás bebidas alcohólicas, todas perniciosas por obra y gracia de su misma composición.

La mía no puede ser más humilde y al mismo tiempo más nutritiva; llevo en mis entrañas ochenta centigramos de azoe por litro, y otros ochenta de ácido fosfórico, cantidad igual al contenido en 530 gramos de carne de vaca; también tengo alcohol cuya cifra varía según mi procedencia, y he aquí el secreto de mi vigor que me permite vivir, porque yo no perdono que haya fabricantes que me hagan contener, hasta un 12 por 100 de alcohol, cantidad muy superior á mis deseos, mientras los buenos, mis amigos, los que me quieren, sólo me imponen un 2 ó 3 por ciento que es la cantidad que realmente me corresponde. Pero cada país tiene sus exigencias y á estas exigencias me hacen sucumbir mis fabricantes, haciéndome que hasta emborrache á los hombres en lugar de alimentarlos, con lo cual padecen mi buen nombre y mi honor como bebida.

[Como que me colocan á la altura de mi irreconciliable enemigo el vitazo.]

Scotch Ale

CUENTO DEL SÁBADO

El madero de la horca

I

La altísima montaña de Colisa, que

se alza entre las Encantaciones de Vizcaya, las montañas de Castilla era en la edad media una especie de Tebaida, donde hacían vida penitente algunos anacoretas, á quienes se atribuye la erección del santuario que la corona. Era yo niño y caminando con mi piadosa madre por una montaña de las Encantaciones, nos detuvimos á descansar así que descubrimos el valle nativo. Era una apacible tarde de verano. El sol se escondía ya tras de los montes lejanos y en las laderas de la montaña oíamos las campanillas del ganado que descendía del valle, allá abajo, en las llanuras, las muchachas dejaban las heredades, y tomando en la cabeza las herradas iban cantando á la fuente de castañar, para que sus padres y hermanos encontrasen en casa el agua fresca, cuando al oír el toque de oración se echasen la azada al hombro y rezando las Avemarías se encaminasen al hogar.

Desde el campillo cubierto de fragantes manzanillas que parecían una nevada, donde mi madre y yo estábamos sentados contemplando nuestro hermoso y querido valle, en uno de cuyos extremos veíamos, medio oculto entre cerezos y nogales, nuestro hogar más querido; aún, se descubría el santuario de Colisa.

Hablamos de aquel santuario, y mi madre, que tenía santa y ciega fé en las tradiciones religiosas que brotaron y viven sin que los siglos marchiten su frescura, á la sombra de los santuarios de las montañas, embargó mi atención y conmovió mi alma cantándome lo que á mi vez voy á contar.

Vivía en las soledades de Colisa un santo anciano, llamado Cosme, que pasaba la tercera parte de su vida alabando y glorificando á Dios, y lo restante guiando y acompañando á los viajeros que atravesaban aquellas montañas, porque es de saber que, como por aquellos tiempos las guerras de bandería ensangrentaban continuamente los valles, los caminantes huían de ellos y transitaban por los montes más desiertos y apartados del trato humano.

Siempre que Cosme había socorrido á algún viajero extraviado á extremo de hambre, al sonar el toque de oración en la Iglesia de Valmaseda, que se descubría, allá abajo al

pie de la montaña, se le aparecía un ángel que le sonreía amorosamente y se remontaba en seguida al cielo, dejándole lleno de santa alegría.

Una mañana que la montaña estaba cubierta de espesísima niebla, Cosme salió de la miserable choza, donde hacía vida penitente, y se puso á discurrir por aquellos fragosos y enmarañados bosques por si algunos caminantes se habían extraviado en ellos, y de repente se encontró con unos hombres que conducían á otro maniatado.

—¿Por qué lleváis maniatado á ese infeliz? les preguntó.

—Porque es un gran criminal á quien la justicia ha condenado á muerte, le contestaron.

—Pues si la he hecho, que la pague, dijo el anacoreta dando treguas á su compasión.

Los ministros de la justicia que subían de Valmaseda, se detuvieron un poco más arriba de la boca de dos caminos, tomaron un gran madero seco que hacía muchos años estaba tendido orilla del camino, apoyaron los extremos del madero seco en las primeras ramas de los árboles pareados, echaron una soga al cuello del criminal y colgaron á éste de aquella horca improvisada, volviéndose á Valmaseda así que se cercioraron de que el criminal había espirado.

El día en que por orden de la justicia de Valmaseda se ahorcó á un gran criminal, camino del santuario de Colisa, Cosme salvó de la muerte á muchos caminantes, que sin su auxilio hubieran perdido devorados por las fieras ó derrumbados por los precipicios en aquellas espantosas soledades, más espantosas que nunca aquél día por la densidad de la niebla.

Retiróse á su morada dando gracias á Dios porque le había dado fuerzas para auxiliar á sus hermanos, y apenas llegó, hirió su oído el toque de oración, que sonó lento y solemne, en la lejana torre de la Iglesia de Valmaseda; pero el ángel no se le apareció aquella noche.

El santo ermitaño se llenó de terror pensando que había ofendido á Dios aquel día cuando el ángel le negaba su santa presencia; pero por más que examinó sus palabras, sus

obras y sus pensamientos de todo el día, no pudo dar con la causa del enojo del Señor.

Aquella noche oró, lloró, maceró su cuerpo, pidió al Señor perdón y misericordia de sus faltas, y así que amaneció, comb la montaña siguiese cubierta de espesa niebla, salió á auxiliar á los caminantes extraviados ó rendidos por la fatiga.

De repente se encontró en la encrucijada de los dos caminos, y al ver delante de sí la horca de que pendía el cadáver del criminal, ajusticiado el día anterior, retrocedió lleno de repugnancia y espanto; pero alzando la vista un poco más arriba del cadáver que pendía de la cuerda, vió al ángel posado sobre el madero de la horca.

El ángel, lejos de sonreirse entonces amorosamente como siempre le había sonreído le miraba con faz severa.

Cosme se detuvo, y postrándose en el suelo lleno de inquietud y terror, alzó las manos al ángel implorando su perdón y su misericordia; aunque todavía ignoraba cuál fuese su culpa.

—Cosme!—le dijo entonces el ángel—has incurrido en el enojo del Señor, y necesitas gran penitencia para recobrar su gracia. En vez de compadecerte y consolar ayer al desgraciado que pende de ese madero, escarneciste con indiferencia su tributación. Desciende este cadáver de la horca dale piadosa sepultura, y tomando luego este madero en tus hombros, vé con el único cabezal donde descansó tu cabeza.

—¿Y alcanzaré, Señor, algún día el perdón de mi culpa? exclamó Cosme, deshecho en lágrimas de contrición.

—Sí, le contestó el ángel. Cuando veas que de este madero ha brotado una verde rama, el Señor te habrá perdonado.

Al decir esto el ángel se remontó al cielo al compás de misteriosas músicas y rodeado de brillantes resplandores.

Cosme se acercó animosamente al cadáver pendiente de la horca, le descolgó y le dió piadosa sepultura y tomando en seguida el madero, cuyos extremos se apoyaban en las primeras ramas de los árboles pareados se cruz con él por el mundo, haciéndole fué con su hombro y único apoyo de su cabeza.

116 El Eco de Cartagena

Sanos, ruinosos muros,  
Cuya severa frente suspendida  
Encima nuestros hábitos impuros  
Es un recuerdo de ambición perdida,  
Página triste de la horrenda historia,  
De las miserias de la humana gloria.

Del templo y sus muros fueron,  
Ni te valió ser hija de Cartago,  
Ni el esplendor potente que te dieron  
Romanos que te honraron y vencieron.

Vehid ¡oh poderosos de la tierra,  
Que hacéis de la miseria los cimientos  
Sin temor que la humille humana planta!  
Y mirad este polvo, do se encierra  
De treinta siglos, de poder sedientos,  
La ambición, desamparada,  
A miserable polvo reducida.  
Los que hacéis de la sangre del hermano  
El dorado escabel de vuestro trono,  
El extraño mirad y el abandono...  
Del que se alzaba ayer de gloria ufano,  
Venid, vereis desierto  
El muro, do la hierba se levanta.

Poetas Cartagenos 117

Sin temor que la humille humana planta;  
Venid, vereis el solitario puerto  
A cuyas verdes olas  
Dieron sombra las naves españolas.

¿Qué resta ya de su opulencia altiva?  
Una escondida historia  
De vitudes y lágrimas preñada...  
Tocó en canchó de infeliz cautiva  
El imperio y el orgullo de la victoria,  
Y a un lado olvidada  
La que ayer se juzgaba eterna gloria.

¡Oh! soledad, ruinas silenciosas,  
Montes agrestes, plácida colina,  
A cuya sombra se meció mi cuna:  
Do las horas pasando presurosas,  
Se llevaron mi infancia y mi fortuna:  
Vuelvo á vosotras cuando el sol declina,  
Vuelvo como vosotras destrozado,  
Su último rayo pálido ilumina  
El yerto cuerpo de vivir cansado,  
La frente que al sepulcro ya se inclina.  
El hado lo dispuso!  
A vuestros pies cayendo.

120 El Eco de Cartagena

¿Libertad!

¿Quien eres tú, aparición divina  
que tienes forma en la razón humana  
y cuya luz las sombras del mañana  
con vivos centelleos ilumina...?

¿Quien eres que cual fuente cristalina  
que inagotable entre las flores mana,  
embelleces con pompa soberana  
el cauce que tus aguas encamina?

Para besar las fimbrias de tu veste  
prostérnase los hombres á tu paso,  
y tú en hacerlos libres te recreas...  
Ya te conozco, aparición celeste,  
ya te conozco y en tu amor me abrazo...  
te llamas libertad ¡bendita seas!

Golfo Garcia Vasco.

1899

Poetas Cartagenos 113

¡Dolor por dolor!

Ante la frase sentida  
del clérigo de un lugar,  
decidido á confesar  
por vez primera en su vida

Un gitano, que era un zote,  
en la Iglesia penetró  
y de hinojos se postró  
á los pies del sacerdote.

Yo me quiero confesar  
—dijo al cura el penitente—  
más le advierto francamente  
que no sé como empezar,

porque en los años que cuento,  
padre, nunca he confesado  
y ahora me siento atontado  
y temeroso me siento.

